

Rogelio Echavarría en sus 91 años: poesía y libros

Todas las calles que conozco
son un largo monólogo mío

El transeúnte

PARECE EL momento propicio para dar una mirada, a modo de homenaje, a la vida de este creador, dedicada a la poesía y los libros. Nacido en 1926, su existencia tiene dos facetas significativas que lo convierten en una de las figuras más inolvidables y representativas de la cultura colombiana: la de su importante trabajo de poeta, cuyo trabajo, que significa que la vida es un libro infinito en el que vive el escritor tratando de abarcar lo inabarcable, se ha vuelto un referente de su época. La segunda faceta, su actividad como periodista cultural emprendida durante más de cincuenta años; con ella ha difundido los autores nacionales y extranjeros del momento. Su tarea de divulgación bibliográfica no tiene antecedentes en el país. De muchos creadores del pasado y del presente, no queda más que lo que él rescató.

Pero hablemos primero de *El transeúnte*. Con su sentido metafísico, esta obra de Rogelio Echavarría muestra el destino del hombre que viene del cosmos y va hacia el cosmos. Enseña que él se encuentra de paso en la Tierra y ello le induce a aceptar la vida como en la tragedia griega, con amor y dolor. Expresa también la calle y sobre todo la individualidad en medio de la multitud que rodea al hombre moderno. Al igual que el escultor que traza poco a poco su imagen sobre la piedra, el poeta fue haciendo este libro a modo del testimonio de quien se reconoce con claridad en medio de las calles. Así, el ser descubre igualmente a través del poema las fronteras de sí mismo, como claves de su encierro y soledad. El transeúnte personaje, con sus imágenes y su tono reflexivo, es el eterno asceta de los andenes y esquinas, el observador que vive la cotidianidad de la ciudad con la conciencia del universo.

Echavarría le confesó a Hollmann Morales (1997) que “su obra no obedece a un plan, sino a una sucesión de instantes felices”. Además, en *El Aurelio Arturo que yo conocí*, el autor deja definida su relación con uno de los poetas que más marcaron su creación y que le permitieron definir su estética. Dice:

¿De pocas palabras? ¡Pero si vivía de ellas! Tenía una reverencia religiosa por la palabra (uno de sus últimos poemas confirma esta obsesión), un gran respeto a la palabra escrita, a la palabra bien escrita, un santo temor a la palabra por escribir. (Echavarría, 1977)

Lo anterior es la más clara explicación sobre la brevedad e intensidad de su propia creación. *El transeúnte* reúne 82

poemas escritos a lo largo de cincuenta años. Por aspectos como estos, se trata de un libro singular, la poesía como voz lírica que aglutina el sentir del pensamiento sobre la vida y el hombre de los últimos cincuenta años. Obsesiones como el ser y la libertad determinan estos poemas:

Bajo sus ojos –que me miran hostiles
como si yo fuera enemigo de todos–
no puedo descubrir una conciencia libre,
de criminal o de artista,
pero sé que todos luchan solos
por lo que buscan todos juntos. (p. 29)

Por lo mismo, este universo y su forma constituyen un ejemplo en el mundo de los poetas de la segunda mitad del siglo XX en nuestro país. Cada uno de los poemas contiene un mensaje de gran significado para los escritores de poesía y los narradores de las generaciones posteriores.

A lo anterior, se agrega que *El transeúnte* es un libro que lleva en sí mismo, como las más brillantes luminarias, la vocación de creación y una proyección incesante. Por lo mismo, adquiere en nuestras letras el carácter de verdad o sabiduría que surge de la experiencia vital, sopesada y directa. De este modo, se ha convertido en un punto de referencia para la poesía y para la narrativa urbana, hechas a partir de los años sesenta. Se hace evidente después de leer autores de máximos desarrollos en este aspecto, como Mario Rivero, José Manuel Arango, Elkin Restrepo, en poesía; incluso, en narrativa, una obra como la de Darío Ruiz, la relación de Rogelio Echavarría con el descubrimiento de un contexto urbano, el del hombre a la vez inocente y culpable de su propia condición, alguien casi tráfuga que, cual peatón, vive la ciudad recorriendo sus calles.

La poesía de este escritor explora la naturaleza humana en medio del tráfico, para desentrañar verdades como la concepción de la vida, en el sentido de recorrido existencial. Se trata de una senda en la que se unen el ser y su camino, el hombre y su contexto, o, mejor dicho, el destino, que es el rumbo mismo de la existencia. De esa manera, *El transeúnte* es la versión del mito moderno que rinde culto a ese entorno concreto e insular: la urbe. Como personaje, representa al hombre contemporáneo sorprendido en la trampa de la ciudad. Su angustia y soledad son las de quien se ha perdido en esta nueva modalidad de infierno. Su voz y su recorrido corresponden a la expresión del transeúnte como itinerante en pos de la trascendencia de la poesía. Así, vida y poesía parecen valores equiparables en esta obra. Con tal fundamento, la poética se convierte en una forma de ética que explica la razón y el sentido del vivir.

El transeúnte se ha escrito y publicado en varias etapas a lo largo de cincuenta años, período creativo inusual en la poesía colombiana. Ha tenido siete ediciones, además de varias de *Edad sin tiempo* (1948), de Ediciones Teoría, que es el germen de su poesía. En la sexta edición de *El transeúnte*, publicada por la Universidad de Antioquia (1994), el autor expresa por primera vez la necesidad de cerrar este libro, que ya posee lo que considera una “edición definitiva” (Duque, 1994).

No obstante, existen tres poemas posteriores que corresponden a la última producción del autor y que forman parte de la misma temática. Me refiero a *El campeón* y

La gota (Echavarría, 1995b, p. 49). A estos, se agrega *No olvidan nunca su canción*, su último poema. En este ratifica su destino de poeta y de cantor errabundo. Aquí, el transeúnte como personaje adquiere la imagen del pájaro, porque, precisamente, uno de los elementos que recrea el poeta es el vuelo como el ir y venir cotidiano. Y, apenas en 1999, se publica en Editorial Norma, con la inclusión de los poemas citados.

No pocos poetas y escritores publican una obra y la corrigen en las siguientes ediciones y no solo para tranquilizar sus arrepentimientos estéticos. Lo que no es habitual es encontrar un vate que haga tan evidente esto de escribir y publicar un libro de poemas con un contexto que debe completarse a lo largo de los años. Existe un caso similar: *Cántico*, del poeta Jorge Guillén, en España. Esto, según contaba Echavarría, se lo sugirió Aurelio Arturo cuando le dijo en varias ocasiones que publicara y él le contestaba que no tenía más de dos o tres poemas nuevos como parte del trabajo de varios años.

Como respuesta a su propio silencio, mediante el cual va haciendo la poesía a lo largo de su vida, dice que siempre está en función del canto aunque parezca lo contrario (Echavarría, 1999, p. 84). Esto quiere decir que *El transeúnte* sigue su curso con su poesía hecha para expresar el río de la vida. Él logra el tiempo poético como salvación del otro tiempo, el del tránsito. Su mejor definición de este aspecto está en los versos siguientes: “Que pase/el día sobre el mundo como un pájaro” (Echavarría, 1999, p. 84).

Lo anterior le da fundamento al término como realidad palpable de la huella del hombre. El *tránsito*, como verdadero sentido del tiempo para el autor, expresa la vida, se refiere a lo que el poeta convierte en poesía y ello se logra con la presencia del creador como hombre y centro del poema, y como quien hace la poesía a partir de su propia experiencia. Esto se explica mejor si se aclara que tal obra concentra lo que está en sus contornos, lo mutable ante la acción del tiempo. Su poesía oscila entre el tiempo como concepto general y el tiempo poético, que es el del poeta.

El primero, el tiempo, corresponde al tránsito en el que la vida se hace y deshace y aparece como contraposición del segundo. El tiempo poético como el instante de la intimidad es lo que predomina en esta poesía, de modo que los demás temas se subordinan a dicho concepto. Incluso, estos temas aparecen como partes de dicho recorrido.

El transeúnte, entonces, corresponde a la aseveración de que cada autor no escribe en su vida más que un solo libro, uno único y verdadero, así se divida, en otros casos, en muchos libros más. Por lo mismo, representa la obra que se crea y recrea a lo largo de los años, porque este es su savia y esencia, como en los más grandes poetas, y, por lo mismo, cada día es una nueva posibilidad de enriquecimiento de la vivencia del lenguaje que enmarca el poema.

Otro aspecto que muestra la creación de *El transeúnte* a través de un largo período tiene que ver con las diferentes formas que determinan la estructura literaria de los poemas. El lector encuentra versos que guardan la métrica rigurosa y la estricta puntuación. Hay otros textos más libres, incluso sin métrica y sin puntuación. Por eso, la poesía clásica y la moderna se presentan allí con cierta alternancia, que se explica por el lento proceso. Por lo

mismo, en no pocos poemas se manifiesta un recorrido interior a la manera del soliloquio que define la presencia del transeúnte como personaje. De este modo, el autor expresa la sensibilidad contemporánea y cómo la poesía se hace su depositaria en las palabras que la definen.

Un elemento más da base al carácter de diario del libro: la reflexión. En muchos versos y poemas, hay profundos pensamientos sobre diferentes tópicos de la vida y de la muerte, que el autor enuncia en forma de enseñanzas sobre el arte de vivir. Por lo mismo, el poema constituye una gota maravillosa que hace de imagen de esa totalidad. También el dolor, el amor y la soledad son parte de las innumerables manifestaciones humanas, que se inscriben en esa gran historia. De esta forma, el poema y la obra corresponden a la medida, ante la desmesurada realidad.

En *El transeúnte*, tiene mucho sentido también la tarea de vivir la lucha con el lenguaje para lograr el poema. Se trata de un combate por la expresión esencial que distinguirá la poesía. Así, surge la palabra única y desnuda que encuentra en estos poemas su forma. Echavarría enseña una estética de los vocablos esenciales para hacer el verso con gran sobriedad, brevedad y concisión. Ello ha correspondido a la superación o depuración para crear una poesía apoyada en el decir como hallazgo de lo definitivo: “El tiempo lucha/gota a gota/contra la seca eternidad” (Echavarría, 1999, p. 99).

El poeta juega en sus poemas con la expresión corriente, cuyo sentido permite otra interpretación, como en el fragmento siguiente:

Y el carro colectivo y su destino
de alfoz a plaza en alternada meta
a la misma hora con la misma gente
en la esquina de siempre pero siempre
fatal itinerario y rauda suerte
la misma ruta la misma rutina
alguien viene de lejos y aún le queda
alguien apenas entra ya se apea (...).
(1994, pp. 74-75)

Por tal motivo, la palabra crea nuevas connotaciones y plantea otras posibilidades. La obra de Rogelio Echeverría hace del lenguaje su instrumento en su más estricto sentido, aunque parezca tautológico a veces, para demostrar que la poesía nace de la lucha descarnada que se da entre el ser y sus vocablos. Para ello, explora la expresión, la desnuda a fin de que se muestre en toda su oposición y así surgen sus diversos sentidos.

Esta poesía se fundamenta en la lucha de los contrarios. El poeta expresa elementos contrapuestos como una visión de la vida en tal choque, como para hacer vibrar las palabras en medio de una tarea imposible. En esta concepción, el creador es el que llega más allá de la realidad visible. Para Echavarría el poeta, el que posee la capacidad de *comprender lo sublime* (Echavarría, 1994, p. 57), un primer aspecto que demuestra la relación con Barba Jacob:

Y nosotros, los míseros poetas,
temblando ante los vértigos del mar,
vemos la inexpressada maravilla,
y tan sólo podemos suspirar.
(Barba Jacob, 1991, p. 58)

En esta lucha de contrarios, el autor convierte en poesía la rutina diaria y lo logra por medio de voces cotidianas y aun manidas, a las que les da la dimensión de lo poético. Por ello, el lenguaje más usual cobra otro sentido en el contexto del poema. Ello hace posible, incluso, trascender el lugar común para que el lector halle poesía donde no ha visto más que el hecho corriente. Ese lugar común es la ciudad como zona de la claridad y la evidencia, que se reviste de ironía para mostrar que su contexto no es tan claro, ni tan evidente.

Ese último aspecto también tiene relación con la estructura narrativa de los poemas que se proponen el relato de la cotidianidad. Muchos de los textos de Rogelio Echavarría son la voz de alguien que se siente enfrentado a su realidad diaria. Con dichos elementos, asimila los cambios de la narrativa moderna, a los que recurre en busca de la forma del poema. Estos se manifiestan en ese idioma imprescindible de la vida moderna. Y digo *idioma*, porque, además del marcado interés de esta poesía en ello, se muestra en el hecho de asumir la palabra como su fuente.

De ese modo, la obra hace parte de la renovación y de la evolución idiomática. Esto lo afirmo por la belleza de los términos que el autor recupera para nuestro léxico: recuelo, telonio, alfoz, bombarde, ambulacros, fanales y umbela son algunos ejemplos.

Al lado de sus sueños de poeta, se encuentra la otra gran pasión: el periodismo. Este ha dado lugar a un trabajo entusiasta, generoso y prolífico con los libros durante más de cincuenta años, labor que nadie más ha hecho durante tanto tiempo. En este caso, quien la ha ejercido es el compilador de antologías que le han permitido a la cultura colombiana una mirada nueva y valiosa de su discurrir, sin olvidar a ninguno de los poetas jóvenes. Son obras construidas como una gran lección de poesía, de gran trascendencia por su sentido selectivo y bibliográfico. El esfuerzo de Rogelio Echavarría en este campo demuestra la trascendente labor cultural que cumplen los medios de comunicación. Es tal su papel, que los ha convertido en guía y soporte de la formación en colegios y universidades.

Otra faceta que sorprende del autor, es su pasión por leer, incluso a los autores más jóvenes. Compraba, como pocos, los libros de ellos. Decía que debemos hacerles el homenaje adquiriendo sus obras. Creo que ello hace parte del hombre que siente una relación entrañable con la palabra escrita. Ciertamente, esto se hace no solo con dedicación y análisis crítico, sino también con su capacidad humana para entender lo que implica el trabajo solitario de la creación literaria.

Sin duda, Rogelio Echavarría es uno de los fundadores en Colombia del periodismo cultural y con él le seguía los pasos a los ideales de muchos a lo largo de varias épocas. Del periódico *El Siglo* lo despidieron por escribir una nota de saludo a Pablo Neruda en una de sus visitas, cuando acababa de publicar sus famosos versos punitivos contra Laureano Gómez. Además, esta labor viene del período en que también se iniciaba García Márquez y se proyecta más allá de los años de su consagración. Yo leía sus notas sobre libros en *El Tiempo* y me parecían definitivas para la divulgación de las obras que aparecían. Y así me lo confirmaron algunos amigos que ya habían recibido el

beneficio de su generosidad. No podía ignorar la aparición de alguna publicación de interés cultural, así supiera de su vida efímera. El Caro y Cuervo publicó una selección de estas en dos tomos, con el título de *Mil y una notas* (1995a).

Entre las antologías, hay que destacar primero su *Antología de la poesía colombiana* (El Áncora Editores, 1997), hecha en coedición con el Ministerio de Cultura, que lleva varias ediciones, y *Quién es quién en la poesía colombiana* (El Áncora Editores, 1995), por su sentido monumental. La primera es muestra de lo que somos en poesía, el libro que nos representa en el contexto de los países hispanoamericanos y el mundo. La segunda, de gran importancia, es complemento ineludible de la antología. Es como una enciclopedia de poetas colombianos, por su carácter de memoria.

Quién es quién es un libro para leer y consultar y sirve, por tanto, de apoyo a la labor de la enseñanza de la literatura, en particular, de la poesía, como suma de la crítica que se ha hecho sobre ella. Hace aproximadamente cincuenta años, Curio Altamar logró algo similar en la narrativa, en otro texto que ha sido un referente obligado en la literatura colombiana.

Al lado de estas obras, Rogelio Echavarría hizo otra serie de compendios poéticos y periodísticos que son la recopilación de nuestro pasado, para declarar la irrefutable vigencia de la poesía por encima de tantos pesimistas. Otra manera de insistir en la necesidad de divulgar la poesía colombiana y de hacerlo directamente mediante libros que reflejen su conocimiento al respecto.

Versos memorables (Planeta, 1989) y *Lira de amor* (Planeta, 1990) son sus primeras antologías, con lo mejor y más recordado de la poesía de nuestro país. Luego aparecen *Los mejores versos a la madre* (Intermedio, 1992). *Crónicas de otras muertes y otras vidas. Selecciones de sucesos* (Universidad de Antioquia, 1993) es una antología de crónicas aparecidas por primera vez en el semanario que fundó en compañía del cronista Felipe González, en la época de la dictadura, cuando fue cerrado *El Espectador*. Luego, editó *Poemas al padre* (Carlos Valencia Editores, 1996), *Poesía irreverente y burlesca* (Planeta 1999) y *Antología de poemas al hijo* (Intermedio Editores, 2004), tan exitosas como las anteriores. Todas estas obras han alcanzado tirajes sin precedentes en lo que se conoce en publicaciones de poesía y cuentan con reediciones en otras editoriales colombianas. Otra antología de poesía colombiana del siglo XX lleva dos ediciones en la colección de la Presidencia de la República y complementa la visión de la creación en nuestro medio.

Coincide con la edición de estas notas, la desaparición de Rogelio Echavarría. Falleció en Bogotá el pasado 29 de noviembre. Las diversas manifestaciones por este suceso confirman que fue un hombre de gran significado para la cultura colombiana. Él dijo una vez que los poetas no cumplen años, sino centenarios. Con estas páginas, deseamos que su nombre esté más presente cada vez para las nuevas generaciones. Su poesía es un camino, su amplia labor divulgativa, una gran memoria y su sencillez, un modelo de los que nos reconcilian con la vida.

Alonso Aristizábal

Bibliografía

Arturo, A. (1977). *Obra e imagen*, Biblioteca básica colombiana. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.

Duque, Y. (1994, 5 de marzo). Poesías de un transeúnte. *El Mundo*.

Echavarría, R. (1994). *El transeúnte* (4ta edición). Medellín: Universidad de Antioquia.

Echavarría, R. (1999, enero-abril). No olvidan nunca su canción. *Gaceta*, 44-45, 114.

Echavarría, R. (1995a). *Mil y una notas (de carátulas y solapas)*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.

Echavarría, R. (Octubre, 1995b). Poemas. *Gaceta*, 30.

Morales, H. (1997, 2 de diciembre). Monólogo callejero sin rostro. *El Colombiano*.

Barba Jacob, P. (1991). *Poetas de ayer y de hoy, selección de Simón Latino*. Bogotá: Librería Editorial La Gran Colombia.